

Paradojas en la vida de San Juan Pablo II  
Martha Morales

Se necesitaba un arzobispo en Cracovia (Polonia) en 1962. Según el acuerdo de 1956, el primado Wyszynski envió al gobierno comunista los nombres de los candidatos. El gobierno disponía de tres meses para ejercer el veto. El poder lo ejercía Zenon Kliszko, mariscal del Partido Comunista; éste estaba muy satisfecho de haber vetado siete nombres que el primado le propusiera durante el año y medio anterior. "Estoy esperando a Wojtyla y continuaré vetando nombres hasta que le consiga a él", dijo a Stomma, un dirigente católico. Stomma agradeció al ideólogo una confidencia como aquélla, pero había que tener que hacer grandes esfuerzos para contener la risa. Wojtyla era el candidato en el que tenía puestas sus esperanzas.

Y es que la "resistencia cultural" de Karol Wojtyla no tenía sentido para los comunistas. En la jerga marxista ortodoxa las ideas constituían una "superestructura"; no tenían valor ni formaban parte de la esencia real del poder. Los comunistas veían a Wojtyla falto de interés en la política como ellos la entendían, y por su inexperiencia, pensaban que podían convertirlo en un títere para su conveniencia. El primado Wyszynski no conocía bien a Wojtyla y le consideraba "un poeta" y demasiado joven para el cargo. Wojtyla tenía 42 años.

Cuando finalmente Zenón recibió una carta del candidato con el nombre de Karol Wojtyla en ella, estaba encantado. Todo ello probaba que "el Espíritu Santo puede hacer su voluntad no sólo iluminando las mentes, sino también ensombreciéndolas", concluyó el padre Berdecki.

Karol Wojtyla, a quien Paulo VI nombraría cardenal en 1967, a la edad de 46 años, era el primer obispo de Cracovia que no procedía de la pequeña nobleza.

Karol Wojtyla era un obispo que gobernaba su diócesis "de rodillas", o en un escritorio, en presencia sacramental de su Señor.

A mediados de la década de los sesenta, el gobierno polaco había indicado a la Santa Sede que estaría interesado en el nombramiento de un nuevo cardenal en Polonia. Tenía la intención de llevar a cabo la estrategia de "divide y vencerás", escindiendo la Iglesia polaca entre el cardenal Wyszynski y un nuevo cardenal. El 29 de marzo de 1967 se anunció la candidatura de Wojtyla, quien recibió el capelo cardenalicio de Paulo VI el 28 de junio en la Capilla Sixtina.

Wojtyla se puso como misión organizar una continua resistencia cultural y pacífica contra el régimen. Con Wojtyla, el régimen nunca sabía qué venía después.

Wojtyla no era un hombre consumido por la historia. Era un hombre dispuesto a forjar la historia a través de la cultura. "Somos y seremos felices" era su convicción.

El nuevo arzobispo se levantaba a las 5 ó 5.30 de la madrugada, y pasaba la primera hora de la jornada rezando en privado. Tras decir misa, tomaba el desayuno en la cocina y luego se retiraba a la capilla, donde pasaba dos horas cada semana, de 9 a 11 escribiendo. El periodo entre las 11 y las 13 horas se reservaba a los visitantes, y la norma era que cualquiera que deseara ver al cardenal podía acudir. Vivía con sencillez, no tenía cuentas bancarias ni fondos personales.

Tras haber acudido al Concilio Vaticano II, Karol Wojtyla se esforzó en fomentar un diálogo entre el Concilio y su arquidiócesis. Empezó a poner en práctica el Concilio antes de que se clausurara.

Cuando Wojtyla fue nombrado Papa, un periodista francés, André Frossard, lo vio e intuyó en él el poder de un testigo. Frossard respondería a su periódico parisiense con un telegrama que rezaba: "Este no es un Papa de Polonia; es un Papa de Galilea".

Las reacciones soviéticas iniciales a la noticia de la elección de Karol Wojtyla fueron discretas. Entre bambalinas, la cúpula soviética estaba conmocionada. Significaba un problema grave para la Unión Soviética y su imperio externo. Yuri Andrópov, jefe del KGB, llamó al principal agente del KGB de Varsovia y lo reprendió: "¿Cómo ha podido permitir que un ciudadano de un país socialista fuera elegido Papa?". Se dice que el interpelado sugirió que el camarada presidente centrara sus investigaciones en Roma, no en Varsovia.

El arzobispo Francis Arinza de Onitsha, un nigeriano, describió a Karol como "una persona feliz, un hombre alegre, que hablaba con claridad y coraje (valentía)". Una de las preocupaciones de Juan Pablo II era poner en marcha las sugerencias del Concilio Vaticano II. La cuestión crucial para ello, opinaba Ratzinger, era "si existían santos dispuestos a efectuar algo nuevo y vivo" (Cfr. George Weigel, *Biografía de Juan Pablo II, Testigo de Esperanza*, p. 335).

Vivimos una historia cuyo guionista es divino. Todos formamos parte de algo cuyo alcance excede su comprensión.

Para Juan Pablo II relajarse, descansar, era ponerse al día en filosofía. Era un convencido de que la cultura impulsaba la historia. Cuando fue a Francia les dijo: "Francia, ¿eres fiel a las promesas de tu Bautismo? Francia, educadora de los pueblos, ¿eres fiel a la alianza con la sabiduría eterna?". En otro momento dijo: "En los designios de la Providencia nada es pura coincidencia". Y también: *La "obediencia a Dios" es fuente de la verdadera libertad, verdadera en cuanto que siempre está al servicio de la verdad y el bien.*

La tesis contemporánea afirma que los dos motores del cambio histórico son la política y la economía. A pesar de su debilidad física, San Juan Pablo II defendió con energía uno de los principales temas de su pontificado: la cultura es el motor que impulsa la historia. El desmoronamiento del comunismo europeo de 1989-1991 confirmó la posición de que la cultura dirige la historia (Weigel, *Testigo de Esperanza*, p. 1052).